República de El Salvador — América Central — Año 2º

EL FÍGARO

SEMANAL DE LETRAS

Tomo I — San Salvador, Domingo 31 de Marzo de 1895 — Num 24.

Redactores y Propietarios:
Arturo A. Ambrogi — *Víctor Jerez*

Secretario de Redaccion:
Isaías Gamboa

Co-Redactor:
J. Antonio Solórzano

El baile de Sagrera

La noche del 19, ha grabado con buril de oro, gratos é imperecederos recuerdos en el corazón de nuestra *crême* social, y enriquecido con blanca faja el plateado álbum de nuestras recepciones familiares.

Don José Sagrera, el hombre entusiasta por excelencia y su encantadora hija Josefina, celebraron en esa noche, el día feliz de su santo.

Con tal motivo, un círculo escogido entre nuestro pequeño mundo elegante, diose cita en los salones de "la casa de las palmeras". La banca, la política, el foro, el comercio, la industria, la agricultura y la prensa, como si de antemano estuvieran convenidas en dar muestra deferente de simpatía á la apreciable familia Sagrera, tenían sus representantes genuinos en personas distinguidas.

Y bien merecían empeño tan remarcable en la asistencia de nuestra buena sociedad, la esplendidez y gusto del señor Sagrera y la amabilidad y esquisitez de su hermosa señora y bellas hijas; pues, tanto en la preparación *ad hoc* como en la recepción, hicieron derroche de generosidad, buen tono y afabilidad para con sus invitados.

Un amigo, asombrado con el éxito del conjunto, me decía con entusiasmo: "no sé qué admirar más, si el gusto artístico acusado por tan feliz preparación, ó la facilidad con que encanta con sus bondades esta adorable familia." Y tenía razón. La preparación del salón de baile, como el resto de la casa, resultó sorprendente por su originalidad y combinación.

Iluminado á *giorno* el antepatio, los focos de luz en contraste natural con las sombras de altas palmeras, irradiaban las plantas del precioso jardín, dando á sus flores variedad de formas y tintes multicolores que parecían augurar las diversas sensaciones que en el interior, constituían el placer de todos los corazones. Y esta portada, no era más que la viñeta presagiadora: había que atravesar el salón y dejar atrás el ambigú, para dar con un pasillo que cortaba el jardín artificial y servía como de puente de hadas, para desembocar al precioso "entoldado" á la catalana, especie de nido de amor, donde las luces en consonancia con los colores presentaba un panorama célico. El "entoldado" estaba dotado de ante palcos con vista á un bosque simulado é iluminado á la veneciana. Al decorado caprichoso pero artístico del entoldado, dábale más realce la perspectiva del bosque, con su fondo oscuro, y más agradable ambiente á su temperatura con la brisa embalsamada en los naranjos y limoneros.

Los cenadores, diseminados al acaso en el jardín artificial, dejábanse ver por los ante palcos del "entoldado" como medio provocador á compromisos halagüeños con la pareja A. ó B.

Y por sobre toda esa multitud de detalles indescriptibles, por los bellos y originales, allí en el fondo en confusión sublime, preciosas, hechiceras, decadentes, deslizábanse ñuestras bellas al compás de Waudteufel y Strauss produciendo el delirio con arrebatadora charla, ó el vértigo embriagador que extasía con sus encantos hasta hacer olvidar la tierra creyéndose trasportado al cielo. Porque—¿qué otra concepción del cielo puede imaginarse un revistero después de contemplar el entoldado de la casa Sagrera en la plácida noche del 19?

¡Qué ño había ángeles! Y que son esas cabecitas rubias de blonda cabellera y azulados ojos como Albertina Stich? Y qué son Ernestina Urrutia, Leonor Meléndez y Enriqueta Orozco, sino arcángeles de un cielo tropical, no conocido por los concepcionistas del ideal?

Cielo, y con caracteres de verdad, parecióme, no sólo por el refinamiento artístico derrochado en su confección, sino por la espiritualidad sin alarde, por el gusto sin pretensión, por la alegría y cordialidad, de que hizo lujo el círculo social, invitado en esa noche de espansión.

Entre las señoras que tuvimos oportunidad de ver, recordamos á las de Meléndez, (Mercedes) Guerra, Urrutia, Monedero, Orozco, Mora, Stich, Rosember, Alvarado, Soler, Valle de Meléndez, Blanco, Párraga (Guadalupe), Párraga (Concha), Caminos, Drews, Sagrera, etc., etc., y á las señoritas Meléndez, Urrutias, Guirola, Orozco, Caminos, Quesada, Stich, Rivas, Drews, y otras á quienes en castigo de mi olvido, beso humildemente los piés.

Yo siento en el alma que mi caro amigo Ambrogi haya agotado los colores en plaza con los excesos decadentes de su juvenil y entusiasta pincel; de nó, procuraría rebuscar en las paletas colorantes, destellos fúlgidos con que iluminar las siluetas de esa pléyade de estrellas tropicales que con irradiadora luz, iluminan el cielo hermoso de El Salvador.

Pero, ya que el colorido está monopolizado por el Benjamín de la Bohemia, justo es resignarse y decir:

Con tanta hermosa y tanto ingenio, fácil es concebir los encantos é impresiones de esa deliciosa noche que hará época en la historia de nuestras reuniones sociales. Desgraciadamente, como todo tiene su fin, se acabó la noche y con ella, apareció la aurora del 20 y á las 4 a m. el adiós de ordenanza nos hizo volver en sí, no sin dejarnos gratas impresiones, bellos recuerdos, y hondo agradecimiento por la distinguida familia Sagrera.

Anita, la hermosa Anita, estuvo en los honores como una reina, á la manera que Josefina y Elvira esos dos pimpollos honra de la flora salvadoreña, daban envidia á las princesas.

—¿Qué tal le ha parecido el baile?—le pregunté á una bella señora de ojos negros, al decirle adiós. ¡Magnífico! ¿Se ha divertido mucho? ¡Muchísimo! En verdad dijeron dos ángeles rubios, que el éxito, ha sobrepasado á las esperanzas. Cierto, contesté: por lo que á mí hace, es una verdadera lástima que este santo no tenga su octava.

El Doctor Fausto.

Sueños vagos

Neurótico, en la fiebre del deseo
sacudo mi cabeza pensativa,
y brota de mi verso el centelleo,
y brota de mi amor la siempre-viva.

Y si en sus alas de oro el pensamiento
se agita y surge en la canción alada
se entreabre la flor del sentimiento
al mágico recuerdo de mi amada.

De mi amada, ese pálido querube,
la nostálgica vírgen hechicera;
que tuvo por docel la argentea nube
y por lecho de amores la pradera.

Y allá la miro, vaporosa y bella,
tender al aire su purpúreo broche,
y arrancando su luz á alguna estrella
iluminarse en la desierta noche.

Y allá la veo palpitante, inquieta,
cruzar como irisada mariposa
que sus alas, al beso del poeta,
arroja al aire y se transforma en diosa....

Luis Cesáreo Esteves

Notas y Estudios

Con este título está imprimiéndose en esta tipografía, un nuevo libro de nuestro amigo y colaborador Enrique Gómez Carrillo.

También Vicente Acosta prepara para muy pronto otra colección de sus poesías.

In Memoriam.

No vengo hoy á dejar mis rosas, abiertas á las caricias tibias de mis lágrimas, sobre la tumba de un artista, ni sobre la de un guerrero. No. Vengo hoy á dejarlas, llenos de lágrimas los ojos y henchido el corazón de dolor, sobre la tierra recién removida de un sepulcro modesto, sobre ese montón de tierra que me va á separar para siempre de un amigo querido, de un compañero amable, de un gran corazón que se abrió, franco y beneficioso, á todos aquellos que él llamó "amigos"

Francisco Argueta Vargas ha muerto en Tegucigalpa en la mañana del día 12 del corriente.

Para los lectores de "El Fígaro" este nombre será el de un desconocido. Argueta Vargas no era un hombre de letras. El no ambicionaba ceñirse á su frente esos lauros verdes, ni hacer que su nombre fuese llevado en alas de la fama. Todo lo que escribió, llevaba por único móvil el bien de su tierra. Cuando el año de 1892, surgió en su tierra de Honduras la revolución liberal, fundamos él y yo un periódico de combate: "La Epoca." Allí él lo hacía todo; era el jefe: yo no más le seguía. Cuatro números salieron: El Gobierno ordenó su suspensión. Pero no cejamos. A los pocos días, y en las mismas formas é índole, salía "La Bandera Liberal." Era "La Epoca" llevando disfraz para escabullirse y burlarse de la policía. Allí hizo su campaña feroz en contra el General Vásquez; allí hizo la glorificación del partido liberal hondureño que luchaba; delineó, con caracteres amables y justos, la figura sencilla y austera de Policarpo Bonilla, "el jefe liberal."

¡Y pensar que él se ha ido ya, para siempre! ¡Y pensar que ya nunca estrecharé su mano!

Murió en plena lucha, como mueren los esforzados paladines de una causa justa. Muere, cuando redactaba un periódico de polémicas, que yo leía con gusto, porque allí estaba, toda entera, su grande alma: "El Partido Liberal."

Yo le quería mucho, y por eso hoy, al saber su desaparición de la escena de los vivos, tengo para él el tributo de mis lágrimas, que es el tributo más sincero. Por ahora, dejo á un lado todo lo delicioso: la crónica elegante, la *causerie*, el amable cuento, el artículo con visos de seriedad. Quiero recordar no más al amigo, al compañero que me dice "¡adiós!"; no, al hermano que me dice: "¡Hasta luego!"

Arturo A. Ambrogi.

Sombras

A Adolfo León Gómez

Sumido en honda tristeza
Yo, solo, me preguntaba:
—Do están mis radiantes sueños,
Mi amor, mi fe, mi esperanza?"
Y cual si hubiera escuchado
Mis lastimeras palabras,
Vino el Recuerdo y me dijo:
—"Vén"—y fui con el fantasma.

Era muy negra la noche
Y era la senda muy larga;
A los lados los cipreces
Su lúgubre copa alzaban;
El hondo pavor y el frío
Mordían crueles mi alma....
—"A dónde vamos?"—Y siempre
Mi compañero callaba.
Seguímos.

Un campo triste.
"Aquí"—murmuró el fantasma
¡Y aquello era un cementerio:
Tumbas negras, losas blancas!
"Aquí; ve"—repitió, en tanto
Que me mostraba las lápidas
Alumbrando los sepulcros
Con su moribunda lámpara,
Y allí en las desnudas losas
Mis ojos llenos de lágrimas
Iban leyendo: "*Ilusiones*"
—"*Sueños*"—"*Amor*"—"*Esperanzas*"....
¡Ay! y vi en lo más obscuro
Del cementerio de mi alma,
Para otros nuevos cadáveres
Otras fosas preparadas!

ISAÍAS GAMBOA.

Juan Moréas

Entre los poetas jóvenes de Francia, es el más ilustre de todos. La crítica oficial habla de él con respeto, y la leyenda literaria le representa como á un nuevo Homero que va siempre seguido de cincuenta rapsodas jóvenes. Él mismo suele decir, en instantes de orgullo y de entusiasmo, que *Le Pélerin Passionné* es un libro que ofrece grandes analogías artísticas con la *Odisiea* y con la *Ilíada*.

Se genio poético, sin embargo, no tiene nada de primitivo, nada de marcial, nada de ingenuo, sino que, por el contrario, está compuesto de cualidades esencialmente sutiles. Al pasar por su imaginación, la Idea antigua pierde toda la intensidad de los ritos épicos y se convierte en manantial de imágenes alegóricas ó en antro de visiones plásticas. Lo que él busca en el Olimpo, no es el alma sencilla, voluptuosa, libre, sonriente y formidable de la gran familia pagana, sino más bien la actitud decorativa y el sentimiento mítico de algunas divinidades. El Zeus arcaico que los artistas de Xantos representaban con tres rostros distintos para simbolizar los Tres Reinos, y que, según Crisóstomo, era "tan pacífico cual benévolo", no es dios de su devoción. Para él sólo existe un:

"Júpiter tonante cuyo escudo causa horror."

La Venus grave que Homero vió pasar envuelta en

"Un velo más brillante que resplandor de llama,—con brazaletes en los brazos, pendientes en las orejas—y varios collares de oro en el cuello,"

le parece poco simpática. Su Venus es la Afrodita vaporosa de Scopas y de Ovidio:

Nuda Venus madidas exprimit imbre comas

Oíd su invocación á Minerva:

"Diosa que tiene ojos de azur, Minerva gloriosa—Tritogenia, Palas, púdica ingeniosa—Protectora ateniense que hoy habitas—en donde mi Sena al flotar, su carrera precipita.—Haz que la íntegra voz que en mi lira suena,—después de haber vencido al Tiempo, de edad en edad proporcione—á las mujeres dulzura y á los hombres pureza de corazón.—Así yo te saludo ¡oh virgen cuyos ojos son de azur!"

Esta tritogenia púdica é ingeniosa, ya no es la Atenea implacable que atraviesa los cantos de la *Ilíada* llevando en la diestra una lanza trágica y en la siniestra una "égida tan grande que podría resistir al propio Zeus", sino la dulce virgen que fue considerada en Alejandría como protectora de los hombres, por haber descubierto, en beneficio de Marciás, la flauta que llora y que ríe.

***

En el fondo, Moréas es un griego; pero es un griego de la Decadencia. Sus invocaciones y sus apóstrofes adolecen de cierta frialdad pomposa que debe haber sido muy frecuente en los pequeños poemas épicos de Bizancio. Sus poesías ligeras, en cambio, son tan delicadas, tan elegantes y tan puras, que parecen flores desprendidas de la "Corona" de Meleagro.

He aquí una muestra:

"Ayer encontré, en un sendero del bosque—donde á veces me gusta soñar con mi pena,—á tres sátiros amigos: uno de ellos llevaba un odre—y sin embargo, iba saltando; el segundo sacudía—un garrote de olivo parodiando así á Hércules.—Sobre los árboles desnudos, cuyas copas han sido echadas á tierra por Otoño,—caía el crepúsculo.—El tercer sátiro, sentado en un tronco seco, acercóse á los labios una rústica flauta—y tanto movió luego los dedos, que hizo salir de ella un sonido ligero é inflado, frenético y agradable.—Entonces sus dos compañeros, dejando á un lado—el primero su odre y el otro su garrote—bailaron, y yo ví sus pies y piernas torcidas—que, alternando, hacían volar las hojas muertas."

Hablando de este bajo relieve poético, dice Mr. Croix Mont: "Moréas es un poeta autumnal." Efectivamente, las estrofas más exquisitas de *Le Péllerin Passionné* son aquellas que expresan la inefable melancolía de los paisajes de otoño ó el misterioso cansancio de las almas que ya no tienen treinta años.

***

A su amigo Emilio le dice el poeta:

"Emilio, el árbol deja el verde—color, y los lustros destiñen—las rasas de mi faz;—para los ruiseñores de las altas viviendas,—Amor ya no hila las horas....¡Ah! y el estío declina sobre mi cabeza!"

Luego el sentimiento de la madurez cercana se acentúa más aún, y le hace decir:

"Un leñador taciturno y loco, golpea—con su hacha en la floresta de mi alma."

O bien:

"Aunque tú subas al cielo, dulce y brillante ¡oh! luna—ya ésta no es la primavera, sino el otoño importuno.—El vigoroso estío y la primavera floreciente—se llevan consigo mi amor que languidece.—El follaje ha caído, la golondrina se ha ido—¡ah! ven más cerca de mí, Rodopa, te lo ruego,—un céfiro amoroso que brote de tus labios—me hará recordar los bellos días estivales;—así podré engañar al tiempo y á la tristeza—admirando tus senos que la juventud realza."

Pero cuando Rodopa se acerca, sonriendo con sus labios inmortales, el poeta ya no ve en ella al Amor sino á la Belleza. Y después de decir en varias silvas elegiacas que sólo las sombras de las antiguas enamoradas podrían despertar en su ser los deseos carnales, acaba por refugiarse definitivamente entre los brazos puros de la diosa Poesía, y canta su epílogo triunfal:

"El Himno y la Partenia, en mi alma serena—serán los carros vencedores que corren en la arena—y yo haré que la Canción suspire un indefinible son—parecido al de la paloma silvestre cuando la estación la enardece,—pues gracias al rito que conozco,—de nuevas flores, las abejas de Grecia—sacarán una miel francesa."

ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO.

Compañía de Opera.

La Compañía de Opera "Alba," que actualmente trabaja en el Teatro Colón de Guatemala, vendrá á esta capital, concluída su temporada allá. Recibimos con gran placer la noticia.

El personal de la Compañía lo forman artistas distinguidos. La señora Gay, primadonna, ha sido muy aplaudida y celebrada por los periódicos mejicanos. Cantantes notables son también, Ventura (barítono) y Sotórra (tenor). El coro, dicen, es de lo mejor.

Ojalá el Gobierno protegiera, en cuanto le fuera posible, á la Compañía de Opera que vendrá á hacer las delicias de nuestro público.

Paginas íntimas

Dulce es amor aunque se tenga en vano.

A. Tennyson.

Los años han pasado ¡y todavía
Como un perfume tu recuerdo siento
En el fondo surgir del alma mía
Y refrescar mi ardiente pensamiento!

Tú no puedes morir en mi memoria,
Adorado *imposible* de mi vida.
Al recordar aquella triste historia
Se ha vuelto á abrir y desangrar la herida!

Vuelvo á vivir la vida del pasado,
Y vuelvo á contemplarnos en esta hora,
Yo, el mismo adolescente enamorado,
Tú, la virgen rendida y soñadora.

Lago de ondas azules y serenas
Era entonces tu vida, que rizaban
Los ensueños, como hojas de azucenas,
Y al país del amor tu alma llevaban.

Acentuaba sus líneas tu belleza,
Y al venir la mujer el ángel huía.
¡Esa es la edad en que á sentirse empieza
Hervir la vida, arder la fantasía!

¡Edad que es un hermoso devaneo!
Nos tientan con sus goces celestiales
La sed abrasadora del deseo
Y el ansia de las dichas inmortales.

Todo lo vuelvo á ver como otros días:
Abierta la ventana en que, asomada,
¡Oh, glorias muertas!, esperar solías,
Al caer de la tarde, mi llegada.

Las madreselvas escalando el muro,
Que oyeron muchas veces mis querellas,
Mientras, perdidas en un cielo puro,
Parpadeaban las trémulas estrellas:

Los proyectos de amor para el mañana,
Entre dulces reproches, y que oía,
Embelesado, al pie de tu ventana,
Que llenabas de luz y de alegría:

El baile en que, del vals en el delirio,
De inocente transporte en el estreno,
Me dió tu mano, blanca como un lirio,
Una flor desprendida de tu seno.

Recorro en la memoria, una por una,
Las cartas en que, siempre enamorada,
Me jurabas ser fiel como ninguna,
Temiendo alguna vez verte olvidada.

Contemplo tus pupilas virginales,
Que clavabas en mí con ansia loca;
Oigo tu voz de acentos celestiales
Brotando como un canto de tu boca.

Suelta en pliegues flotantes la alba bata,
Destrenzada la rubia cabellera,
Que en deslumbrantes ondas arrebata
La luz del claro sol que reverbera;

Apoyada en la reja, que, oportuna,
Soportaba tu busto cincelado,
¡Cuántas veces bañó la casta luna
Aquel cuadro feliz, hoy disipado!

Aun me parece, como entonces, verte
Dulcemente á mis súplicas rendida,
Jurándonos amor hasta la muerte
Y viendo corta á nuestro afán la vida.

Después, entre nosotros el destino
Interpuso un abismo hondo, muy hondo.
¡Recorro á mi pesar otro camino
Que el tuyo, y mi dolor callo y escondo!

Cuando el hastío como un fardo agobia
Mi sér, cuyas tormentas nadie calma,
Más de una vez ¡oh, mi perdida novia!
Te he llorado con lágrimas del alma.

Pienso que otro lo mio me ha robado,
Me asesinan los celos, y no quiero
Creer que tu alma con otra se ha enlazado;
Y al ver la realidad, siento que muero!

Me han contado tu dicha, que me mata,
En el hogar tranquilo de la esposa,
Horizonte de amor que se dilata
En una lejanía color rosa.

¡Y yo en una agonía me consumo,
Huérfano de tu amor, dulce bien mío,
Y veo convertido en viento, en humo,
Mi ardiente ideal, hoy apagado y frío!

He buscado el amor y los placeres
Queriendo ahogar en ellos mis dolores:
Vulgar hallé el amor de otras mujeres
Y me hastié con los goces tentadores.

Es que aun reinas en mí, luz de mi gloria,
Aun mana sangre la enconada herida
Y no puedes morir en mi memoria,
Adorado *imposible* de mi vida!

VICENTE ACOSTA

Entre chicuelos.

Cómo se ingenió Santiaguito para escaparse de casa aquella tarde, á pesar de la vigilancia que sobre él ejercía su madre, es cosa no averiguada todavía.

—Lo que á ese se le ocurre—decía la buena señora—ni el mismísimo demonio es capaz de llevarlo á cabo.

El tal Santiaguito, según ella, era peor que el santo de su nombre, y la culpa la tenía el *difunto*, su esposo, que le dió una educación desastrosa. ¡Como que una noche, cuando apenas contaba seis años el pequeño, se lo trajo borracho como una cuba! En suma, que el muchacho llegaba á pillo por el más corto de los caminos.

Un día que lo encontró desplumando vivo á un pollo, decidió meterlo definitivamente en el colegio, y al principio todo iba bien; pero ya fuera cuestión de temperamento, ya de costumbre, es lo cierto que Santiaguito dió al traste con la formalidad, y como era bien quisto y precoz entre los suyos, logró formar de sus condiscípulos "una partida" que alborotaba á todo el pueblo cuando salía, en medio de atronadoras algaradas, á espantar animales al campo y á robar nidos de pájaros.

La escapatoria del chicuelo obedecía esta vez á un compromiso de *honor:* su ejército, este temido ejército capaz de conquistar el barrio entero á pedradas, le esperaba en disposición de librar una batalla con las tropas del *señorito indio*, un caballerete de doce años, que se había permitido cortejar á Sofía, la novia de Santiago.

Porque Santiaguito tenía novia, y guapa. ¡Pues no faltaba más!

***

En efecto, nada más hermoso que aquella niña de trece años, con sus líneas gloriosas de talle esbelto que acusaban proyectos de hembra elegantísima.

Santiaguito la vió por vez primera en una tienda en día de Navidad: esperó que saliese y sin más rodeos nuestro héroe, con su lenguaje peculiar de conquistador decidido, le propuso un noviazgo en toda forma; ella se hizo un almíbar, y sintiendo que la sangre le bullía como dicen que le bulló á nuestra madre Eva cuando lo del Paraíso, no puso reparos al insólito afán amoroso del "mancebo." Estas relaciones de tres años de paseos, balcones, dulces y muchequerías vino á turbarlo la indiscreta presencia de Julio. El coraje de Santiago no tuvo límites, y, claro, como él era "hombre" de resoluciones decisivas, y en asuntos de "honor" no hubo *en jamás* quien le pusiera el pié delante, desafió para "encuentro" guerrero á su adversario.

Y ya es hora de que sepamos el resultado de tan bélica jornada.

***

Era tal la algarada de los valientes soldados, que los vecinos salieron precipitadamente á los balcones creyendo que algo muy grave acontecía. Las mujeres sobre todo se impresionaron mucho, y hay quien habla de alguno que otro síncope y tal cual "pataleta" sin más grandes ni terribles consecuencias. Pero enterados al fin de lo que se trataba, acabaron por tomar á broma aquel ejército de gente menuda, cuya indumentaria de plumas de gallo, cintas de colores "rabiosos," fajas y bolsas para cargar piedras era de lo más cu-

rioso. Nada faltaba allí, hasta un pequeñito servía el regio paso del jefe, haciendo de tambor, el cual tambor era una vieja lata de petróleo que metía más ruido ella sola que toda la turba voceando.

A poco andar, y cuando el entusiasmo estaba en punto de locura, encontraron al enemigo atrincherado, y allí fue el repartir órdenes: el valeroso caudillo, poseído de su papel, mandó rodear el barranco casi inaccesible donde se refugiaba Julio, y sin intimidarle aquellas ventajosas posiciones, exclamó con su vocecita enérgica.

—Hala, muchachos, arriba!.......Tambor, paso de ataque!........

Un redoble formidable, y empezó una lluvia de pedradas, vidrios y cascotes que era una delicia. A ratos, dominando la horrenda algarabía de la pelea, se escuchaba la voz del jefe:

—¡Hala, muchachos, al barranco!

El chico tuvo ímpetus de héroe. Con el cabello en desorden, el rostro inflamado y el cuerpo erguido, avanzando sin titubear, apostrofaba á los de arriba y les llamaba: "¡Cobardes!" En lo más crudo de la refriega, en medio de las vociferaciones, de los golpes de lata y de los estrépitos de cascos rotos, hecho, no ya un héroe, sino una furia, emprendió la cuesta de la altura mientras sus compañeros empezaban á retroceder agobiados por la lluvia de piedras: y se dispersaban, flaqueaban los primeros bríos, la derrota era segura, y algunos creyeron propicio el instante para tomar el olivo........Apenas se oía en el espantoso jaleo del combate, como jadeante alerta, el golpe del tambor. Pero el temerario Santiaguito continuó impávido la ascención del barranco entre piedras y terrones que se desmoronaban bajo sus pies. Así, por la senda tortuosa, dando saltos, agarrándose, braceando y encogiendo el cuerpo, trepó al fin con pasmosa agilidad. Y fue aquel supremo esfuerzo tan audaz, que cesó como por encanto la batalla. Ambos ejércitos quedaron inmóviles. Santiagito y Julio estaban frente á frente.

Salvada la distancia que durante la reyerta separaba á los encarnizados adversarios, el primero, sin más vacilaciones, puesto en jarras y con la voz un poco temblorosa por el esfuerzo que acababa de hacer, gritó con mal contenida rabia:

—¡Ya estoy aquí, Julio!.......

—Y yo tombién, ¿qué quieres?

—¿Qué quiero? ¡Pues vaya una pregunta!... Que me dejes en paz á la Sofía........y luego *pa* que no te burles de los hombres........

—¿Qué?.......¿Me ibas á matar?

—¡*Puede*.........quizás!

Y durante este feroz diálogo se acercaban lentamente el uno al otro.

—Mira que falta *verlo*, Santiago.

—¡Pues, míralo!—gritó enfurecido el muchacho, y lanzándose sobre Julio lo agarró violentamente por el cuello; pero Julio era de los que no se huían por golpe de más ó menos importancia, y contestó á la agresión estrechándose á su enemigo. Entonces aquellos dos muchachos, con los brazos y las piernas enredadas, rugiendo, vomitando insultos, arrancándose los pelos, forcejeando con desesperación, con rabia, con verdadero odio de "hombres," rodaron por el suelo hechos una bola. Unas veces era Santiaguito quien intentaba incorporarse, y otras Julio; ambos caían nuevamente, pero sin ceder, continuando en su espantosa lucha, y rodando hacia el borde del abismo........

—¡Que os váis á caer!—gritaron de ambas partes los chicos llenos de espanto; pero el aviso llegó tarde: al primer grito se unió un segundo alarido de cien bocas, un solo alarido que repercutió sonora y tristemente en todo el campo.

Santiago y Julio, arrastrados por aquellos decisivos esfuerzos de la lucha, llegaron á la orilla........y enroscados y retorcidos brazos, cuerpos y piernas, cayeron rebotando por la pendiente hasta el fondo, donde se oyó, sordo é ingrato, el chasquido de dos cráneos que se rompían de un golpe........

Poco después de este sucèso, una encantadora niña de trece años y un joven de su misma edad se despedían de esta suerte en el balcón:

—¿Cumplirás tu ofrecimiento? ¿No volverás á hablar con Santiaguito?........

—Ni con Julio; con ninguno de los dos.

—¡Bueno!.......Hasta luego, Sofía.

—Adiós Juan, hasta luego.

MIGUEL EDUARDO PARDO.

Madrid.

Alto Relieve

A Arturo A. Ambrogi

En la alta gradería
de la pálida estatua de alabastro,
en una noche silenciosa y fría
llena de sombra y claridades de astro;

Aquel grupo de hermosas
mujeres, tomó asiento:
con sus trajes de raso de colores
semejaban alegres mariposas
que en raudo movimiento,
volaban confundidas con las flores.

Yo me senté en el sitio más obscuro
á contemplar las trémulas estrellas,
las nubes que corrían
como góndolas blancas en el puro
límpido firmamento iluminado,
y en sus formas fantásticas y bellas
alas de esbeltos cisnes parecían
en lago de cristal inmaculado.

La ráfaga del viento
me trajo entre sus pliegues el sonido
de un apagado y armonioso acento
que cual música ideal vibró en mi oído.

Que dulcemente inquietos
los ecos se perdían en las brisas,
como blandos rumores de secretos
contados entre besos y sonrisas!

Una voz cristalina
murmuró quedo una canción sonora,
con el delirio con que el labio nombra
á la mujer que en ilusión divina
con su gracia gentil nos enamora:
Oculto entre los mantos de la sombra
oí las confidencias
de aquellas almas al amor abiertas,
llenas de castos sueños, de inocencias,
sin las tristezas de ilusiones muertas.

De su fácil palabra en el derroche
que me traía la brisa pasajera,
extraño confidente de impresiones
fuí entre el vago silencio de la noche.
La esperanza, gallarda y hechicera,
se anidaba en aquellos corazones,
sin saber que esa flor siempre agoniza
cual neurótica virgen enfermiza.

¡Qué de locos ensueños,
qué de ansias amorosas,
qué de rosados pájaros risueños,
guardan en la cabeza
las pensativas vírgenes hermosas!

Fué una charla que en alas del deseo,
de la casta pureza subió al cielo,
y que luego bajó como un gorgeo
que se apaga en profundo desconsuelo.
Al soplo triunfador de la alegría
las rosas y claveles florecieron,
y rumores de angélica harmonía
sus juveniles sueños envolvieron.

Y allí fueron las locas
alegres y espontáneas carcajadas:
las frases se escapaban de las bocas
por suspiros de amor acariciadas.

Oyendo las divinas pequeñeces,
las vagas expresiones de ternura,
el ideal esplendor de candideces
no sombreado por negra desventura;
al ver como reinaba la confianza
en los seres tan castos é inocentes,
jugueteando en las almas la esperanza
y bañando de luz las albas frentes,
Sentí que entristecido
por insondable pena,
se quedó el corazón que en negro olvido
sepultó á la ilusión, blanca y serena:
y me alejé de allí con paso lento,
triste con mis amores,
sintiendo en mi cerebro las febriles
ambiciones de luz; mientras el viento
me llevaba suspiros y rumores
y lascivos perfumes femeniles.

F. Turcios.

El festín de las armaduras

Alma retrospectiva, que vive en el pasado y en las ruinas que lo recuerdan; tal es Biorn, el señor del viejo torreón, allá, en desmantelado burgo que vejeta sobre una pelada roca alemana. Extraño cenobita, para él no corre el tiempo ni existe el mundo. Su reloj, sin péndulo desde hace siglos, no marca las horas, y si el espíritu moderno llega á la puerta del castillo y sacude su mohoso aldabón, Biorn, refuerza la cerrojos y levanta barricadas tras la poterna.

Cuando todos tienen los ojos vueltos hacia la aurora, este extraño solitario, encaramado en su torre, contempla aún en el horizonte el sitio en que se pone el sol.

En sus paseos errantes bajo las ojivas feudales, va despertando los ecos, y al escuchar como suenan sus pisadas sobre las losas, creeríase que otros pasos iguales á los suyos les fuesen en pos.

No le visitan laicos ni sacerdotes; no habla con gentiles-hombres ni con burgueses; pero los graves retratos de sus antepasados platican con él de cuando en cuando; y para distraerse en ciertas noches, huyendo del fastidio de comer solo, invita á sus abuelos á hacerle compañía.

Suenan la media noche, y los fantasmas, armados de pie á cabeza, acuden al convite. Biorn, que á su pesar se espeluzna, les saluda alzando su tazón germano. Cada panoplia, para tomar asiento, dobla en ángulo la rodilla, cuya articulación se pliega crujiendo como un cerrojo enmohecido, y luego, rígida cual zurdo férretro de un cuerpo ausente, con sordo y profundo murmullo, cae en los brazos del sillón.

Venidos del cielo ó del infierno, allí todos están: landgraves, rhingraves, burgraves; ¡los severos y mudos convidados de hierro! En medio de la sombra, un rayo leonado indica, sobre las cimeras abolladas por los mandobles, un águila de dos cabezas, un mónstruo sacado del bestiario heráldico. De los belfos horrible de brutos deformes, que muestran con arrogancia sus garfas agudas, parten enormes penachos y extravagantes lambrequines: pero los abiertos cascos están vacíos cual los yelmos pintados del blasón. Tan sólo reverberan en ellos, de extraño modo, dos llamas lívidas.

Ya está á la mesa toda la reñosa caballería de hierro, y sobre el muro, á cada cual proyecta la sombra indecisa un paje negro.

Al resplandor sanguíneo de las bujías toman los vinos siniestro color, en tanto que los manjares, en sus salsas enrojecidas presentan un aspecto singular. De vez en cuando, un coselete relumbra, un morrión brilla con luz fugaz, una pieza que se desencaja cae pesadamente sobre el mantel; óyese el aleteo azaroso de invisibles murciélagos, y los estandartes infieles, colgados de la techunbre, palpitan de un modo avieso.

Con movimientos raros, encorvando sus falanges de acero, escancian los guanteletes á los cascos plenas copas de vino del Rhin, ó tajan con el filo de sus dagas los jabalíes sobre platos

de oro, en tanto que por los rastrillos del corredor pasan ruidos vagos.

Un punto llega en que la orgía se hace ruidosa y salvaje; al extremo que no se oiría la misma voz de Dios en el trueno; pues cuando un fantasma se trasnocha, lo menos que pueda hacer es echar una cana al aire. La fantástica asamblea alborotándose en sus arneses, aumenta el estruendo con la algazara de los torneos.

Los amplios tazones, los hondos cubiletes, los solemnes vidrecomes, vacíos y vueltos á llenar con afán, forman cascadas de vino en las quijadas de los yelmos. Hinchan sus vientres las lorigas, y la onda espirituosa monta ya á las gorgueras. ¡Ebrios están, como cubas, los bravos condes faudales! Mientras el uno con abandono estira sus pies en la ensalada, otro á su borracho amigo endilga un sermón aburridor; y las armaduras más campechanas, arrojando lo que han bebido, parodian á los leones lampaseados de gules que ostentan en el blasón de sus escudos.

Max, tiene la borrachera alegre, y con su voz, tomada por la humedad de la cueva, gorgea una canción, un *lied* infinito, del todo nuevo. Albrecht, cuyo vino es feroz, la emprende con sus vecinos, á quienes machaca, abolla y zurra, como solía hacerlo Sarracenos. Fritz, sintiéndose arder se quita el casco, que un tiempo habitó un cráneo, y no advierte, el infeliz, que sin su máscara semeja un tronco decapitado; y al cabo, en degradante confusión, ruedan debajo de la mesa los señores suzeranos, escondidas las cabezas entre cacharros y escancias, en alto los pies, mostrando las suelas de sus borceguíes con puntas de garfio; horrible campo de batalla en que á los gloriosos almetes hieren viles vasijas y cuencos, y en donde los muertos, por cada cortadura, en vez de sangre, vomitan viandas.

Biorn, mohino y hosco, el puño firme sobre el muslo, les contempla en silencio; y á travéz de la vitrina suiza les arroja su mirada azul el alba. La tropa, que un rayo envuelve, palidece como una antorcha al claror de un día, y el más borracho, tambaleándose, rebosa la copa y se empina el trago de despedida.

Canta el gallo, huyen los espectros, y recobrando su aire altivo, apoyan sobre las almohadas de mármol sus cabezas cargadas por los humos del festín.

TEÓFILO GAUTHIER.

Párrafos

He visto el Santo Tomás del Tiziano tocando con sus dedos la llaga del costado de Cristo; muchas veces he recordado este cuadro. Si me atreviese á comparar el amor con la fe que un hombre tiene en Dios, los encontraría semejantes. ¿Qué nombre conviene al sentimiento expresado por esa cabeza inquieta, casi dudando todavía y casi adorando ya á su Dios? Lleva sus dedos á la llaga, y la blasfemia de la duda se detiene espantada en aquellos labios abiertos, de donde comienza á brotar la plegaria. ¿Es un apóstol! ¿Es un impío? ¿Su arrepentimiento es mayor que la ofensa? Ni él mismo, ni el pintor, ni el público que admira la obra, pueden responder á estas preguntas. El Divino Salvador se sonríe y todo es absorbido como una gota de rocío, por el rayo de su bondad inmensa.

Nuestro siglo carece de formas propias. No imprimimos sello alguno á nuestras casas, á nuestros jardines, á nada. Vemos por la calle á algunos que se recortan la barba á la moda de Enrique III; otros con los cabellos peinados en la forma que se ve en los retratos de Rafael, y otros que, por el arreglo de su cabeza nos hacen recordar á Jesucristo. El gabinete del rico es hoy también un museo de antigüedades; el estilo gótico, el gusto del Renacimiento, el genio Luis XIII, se mezclan en su ornamentación ó se usan indistintamente. Utilizamos las cosas de todos los siglos, menos del nuestro; singularidad que no se ha visto en ninguna otra época. Nos apropiamos todo lo que vemos, sin obedecer á un orden; esto nos seduce por su belleza, por su comodidad aquello, tal cosa por su antigüedad, tal otra por su rareza. Puede afirmarse que no usamos más que restos de cosas ya usadas, como si el mundo hubiera de acabarse pronto.

A. DE MUSSET.

Fatum

Vernal la mañana. Nimbadas de brumas
Erigen, al lejos, los montes sus crestas;
Trinando las aves alisan sus plumas
Y forman sus trinos alegres orquestas.

Azul está el cielo; la mar sosegada
Ya lista la góndola aguarda á sus dueños.
En ella se embarcan amado y amada,
El bardo y la musa que inspira sus sueños.

Tendidas las velas, la góndola parte
Rasgando ligera la lámina verde.
Va en busca del mágico imperio del Arte,
Y en la amplia, temblante llanura se pierde....

¿ Hallólo ?......Una noche de luto sin rumbo
La góndola, en medio de un mar forminable,
Deshechas las velas, en lúgubre tumbo
Hundióla del odio la ola implacable!

DARÍO HERRERA

1895.

Imprenta Nacional